



CHARLA PARA EL RETIRO DE ADVIENTO DE LA FAFE
SANTUARIO DE POZUELO, 25 DE NOVIEMBRE DE 2023
CONTEMPLAR PARA AMAR

- I. Canción de Hakuna
1. Amarás a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo:
¿Cómo amar sin ver? ¿Cómo amarte a ti mismo? ¿Cómo amar al prójimo?
2. Etimología de la palabra Oración. Formas de orar. Entre ellas la contemplación, etimología, historia, grandes contemplativos.
3. Sin embargo, yo quiero hablaros hoy del paso previo a la oración contemplativa, que es la contemplación.
4. Mirar, ver, observar, contemplar. Palabras del Papa sobre la contemplación. Y qué puedo yo contemplar para amar a Dios sobre todas las cosas:
 - a. La naturaleza
 - b. Las personas
 - c. A mí mismo y a Dios que actúa en mí
 - d. La historia que transversalmente recorre la vida recorre nuestros días
 - e. Las palabras mágicas: perdón, por favor y gracias

Hay una pequeña oración judía con la que me gusta empezar el día....

Oración judía:

Que tus despertares te despierten.

Y que al despertarte, el día que comienza te entusiasme.

Y que jamás se transformen en rutinarios

Los rayos del sol que se filtran por la ventana, en cada amanecer

Y que tengas la lucidez de concentrarte y de rescatar

Lo más positivo de cada persona que se cruce en tu camino. Amen.

He escogido esta oración que encierra en sí misma todas las formas descritas en el catecismo para conectarme con Dios, recibir su amor, contemplar lo que el día me tiene preparado.

Porque la oración implica conectarse, fijarse en la belleza del día, y el regalo que se nos hace con la vida, implica no entrar en ese día como un día más, sino dejarse sorprender por cada cosa y cada persona. Eso entre otras cosas significa contemplar.

Supongo que el interés por este tema de la oración viene no solamente por el interés de todo cristiano por hablar con Dios, conocerle mejor, confiarle lo más íntimo y profundo, sentirse amado por Él, amarle en lo más hondo. Pero también por el desconcierto de todo lo que pasa en nuestro entorno, en el mundo de hoy, los acontecimientos que ocurren a nuestro alrededor, empezando por nuestro propio país, y más allá, por lo menos no tan lejos, toda la información que nos llega en directo sobre las atrocidades de las guerras, los edificios bombardeados que se caen, las personas inocentes que mueren. Y también el desorden en el clima, las lluvias a destiempo, los huracanes, terremotos (hablar del rayo en la casa de Kiki...)

También entiendo que **el tema de hoy tiene que ver con la necesidad que tenemos muchos de nosotros, de abrirnos a las llamadas del Espíritu** de abrirnos a Él de diferentes maneras: la alabanza, los Retiros de la Vida en el Espíritu, las Adoraciones, la oración contemplativa... aunque



también es verdad, que tenemos entre nosotros matrimonios jóvenes, con hijos pequeños, cuya vida gira en torno a las necesidades urgentes que les deja llegar a este tipo de oraciones. Por ello vamos en primer lugar a centrar el tema en los distintos modos de orar que propone el Catecismo de la Iglesia:

En el catecismo se habla de cinco tipos de oración:

La bendición, la adoración, la oración de petición y de intercesión, la oración de acción de gracias y alabanza y la oración contemplativa. Con cualquiera de ellas elevamos nuestro espíritu a Dios según nuestras necesidades. No hay ninguna mejor que otra. Todas son diferentes formas de conectar con ese mundo sobrenatural y espiritual de dónde venimos y hacia donde vamos.

➤ **La bendición**

La palabra bendición viene del latín, ben: bien, dicción: decir, por tanto es decir bien de... Es una oración que pide que el Señor mire con bondad sobre nosotros. Su bondad, su cercanía, su misericordia son bendición. La fórmula más breve de la bendición es “El Señor te bendiga”.

Todo cristiano debe pedir la bendición de Dios para sí mismo y para otras personas. Pero también nosotros podemos pedir la intercesión de Dios para que bendiga a nuestros seres queridos, por ello, a veces bendecimos a nuestros hijos en la frente. Trazamos sobre la frente de nuestros hijos la señal de la cruz. Las personas que se aman pueden bendecirse. Además, el presbítero, en virtud de su ministerio, bendice expresamente en el nombre de Jesús y por encargo de la Iglesia. Su oración de bendición es especialmente eficaz por medio del sacramento del Orden y por la fuerza de la oración de toda la Iglesia.

➤ **La adoración**

“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente”. Mt 22

Toda persona que comprende que es criatura de Dios, lo reconoce humildemente y se postra ante Él con el corazón e incluso con el cuerpo adora a Dios y en él a Jesús. La adoración cristiana no ve únicamente la grandeza, el poder y la Santidad de Dios. Nos postramos como criaturas pequeñas ante el poder y ante su amor. Quien adora a Dios, se funde en sus brazos y se deja amar

Quien adora verdaderamente a Dios se pone de rodillas ante Él o se postra en el suelo. En esto se muestra la verdad de la relación entre Dios y el hombre: Él es grande y nosotros somos pequeños. Al mismo tiempo el hombre nunca es tan grande como cuando se arrodilla ante Dios en una entrega libre.

➤ **La petición e intercesión por los demás**

“Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá...” Mt,77—11

Dios que nos conoce a la perfección, sabe de nuestras necesidades y desvelos, quiere sin embargo que le pidamos por nosotros mismos y por los demás.

Ciertamente Dios no necesita nuestras peticiones para ayudarnos. La razón por la que debemos pedir es por nosotros mismos. Quien no pide y no quiere pedir, se encierra en sí mismo. Al



verbalizarlo, salimos de nosotros mismos para ponerlo en Dios. Pedir es hacernos conscientes de la existencia y del poder de Dios. Nos hace pequeños junto a Dios, nos pone en nuestro sitio, como seres necesitados de Él.

Trabaja en nosotros la confianza, el abandono. Y nosotros como padres ¡cómo entendemos esto y cómo nos gusta que nuestros hijos nos expresen sus necesidades, sus miedos, sus inquietudes! Y sí, no solo pedimos por nosotros mismos. Sino que pedimos por los que queremos e incluso por los que no conocemos, o son nuestros enemigos, porque así Dios lo quiere.

Cuántas veces escuchamos: me curé porque tantos rezaron por mí, o me sentí apoyado por tantos que rezaron por mí. Y es que somos una familia humana. Somos como esa gota que cae en medio del océano y se va expandiendo en círculos cada vez más amplios. Yo doy la fuerza a otros rezando por ellos, pero es que muchos dan la fuerza por mí cuando rezan. Y nos unimos también a la comunión de los santos donde, los que nos han precedido en el Cielo o todavía están en el purgatorio, rezan por nosotros y cuentan con nuestra Oración

➤ **La acción de gracias y alabanza**

Todo lo que somos y tenemos viene de Dios. San Pablo dice **“¿Tienes algo que no hayas recibido?”** (1 Cor 4,7). Dar gracias a Dios, el dador de todo bien nos hace felices.

La mayor oración de acción de gracias es la “Eucaristía” (en griego “acción de gracias”) de Jesús, en la que toma pan y vino para ofrecer en ellos a Dios toda la Creación transformada. Toda acción de gracias de los cristianos es unión con la gran oración de acción de gracias de Jesús. Porque también nosotros somos transformados y redimidos en Jesús; así podemos estar agradecidos desde lo hondo del corazón y decírselo a Dios en muchas formas.

La alabanza es una gran acción de gracias. En Romanos 15, 11, se nos dice “Alaben al Señor todas las naciones. Y exáltenlo todos los pueblos”.

Dios no necesita de ningún aplauso. Pero nosotros necesitamos expresar espontáneamente nuestra alegría en Dios y nuestro gozo en el corazón. Alabamos a Dios porque existe y porque es bueno. Con ello nos unimos a la alabanza eterna de los ángeles y los santos en el Cielo. Algo de eso, quisimos mostrar en el último Retiro donde el sexto curso alabó con tanta dulzura y ritmo.

- **Y por último está la oración de contemplación o contemplativa**, donde nos despojamos de nuestros pensamientos para ver con los ojos del corazón y encontrarnos con el amor de Dios.

Es un poco, creo yo, acompañar a Jesús en el Monte Tabor, ver el Amor que emana, su belleza, y lo bien que se está cerca de Él. Nos vamos a detener un poco aquí, pero no tanto en la oración contemplativa, pues yo no soy una experta en el tema, hay entre nosotros personas que lo harían mucho mejor que yo, y sobre todo hay Retiros especializados en ello si nos queremos acercar a esa forma de orar.



Pero sí vamos a acercarnos a un paso previo y muy sencillo, al alcance de todos y que todos podemos hacer desde donde estemos, en cualquier lugar o situación, al alcance de los que están muy ocupados, o menos ocupados. No se trata de la oración contemplativa sino del hecho de contemplar. Únicamente contemplar. “Con”, junto a, “templare” que viene de la palabra templum, templo, yo diría, junto a Dios desde el templo, que no es otro templo que el del corazón, mirarle a Él, a todo lo creado, a mí misma, al prójimo con esos ojos del corazón. Descubrirle desde la transparencia de lo hermoso, bueno, bello con lo que Dios ha hecho todo.

Y ahí me voy de nuevo a Mt. 22,36-40 “Maestro, cual es el gran mandamiento de la ley y Jesús les dijo: amarás a tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y más grande mandamiento, y el segundo es semejante: amarás a tu prójimo como a ti mismo”.

Pues bien, todos conocemos estos dos mandamientos. Sí, pero ¿esto cómo se hace eso? Porque para amar a alguien tenemos que conocerle, ¿no es cierto? Y que yo sepa, aquí nadie ha visto a Dios en persona. ¿No? O al enamorarme de mi marido o mujer, ¿primero no la he visto, mirado, observado y por último contemplado antes de saber que me gustaba y más adelante que la amaba?

Bueno pues hoy vamos a contemplar. Tenemos el regalo de tener delante nuestro tiempo, del que tantas veces carecemos, la inmensa naturaleza, por estar en este lugar donde todo sale a nuestro encuentro, un hogar donde cobijarnos que es nuestro santuario, y la presencia de Dios en cada uno de estos elementos, en el Sagrario, en las personas que se cruzarán en nuestro camino; pero es especialmente desde nuestro corazón desde donde vamos a contemplarlo.

Benedicto XVI en su primera encíclica, Deus Caritas est, del maravilloso programa de Jesús nos dice: “Jesús es un corazón que ve”. La fe no es antes que nada una idea que debemos entender o una moral que debemos asumir, sino que es una persona que debemos encontrar, Jesucristo.

En ese sentido todos podemos aprender a conocer a Dios a través de lo que contemplamos cada día. Desde que me levanto hasta que me acuesto. Yo quiero ver con los ojos del corazón, quiero aprender a ver con los ojos de Jesús que se encuentra en mi corazón. Quiero aprender a descubrir la belleza de todo lo creado por Dios, y también construido por el hombre a quien Dios le regaló su inteligencia, capacidad y sensibilidad.

Nosotros como personas somos un ser integral y orgánico, aunque a veces hagamos como si no lo fuéramos, en psicología se habla del ser holístico. Es decir, somos uno solo con nuestro cuerpo, mente, alma y corazón. Lo que pase en el cuerpo incide en el alma, lo que pase en el alma incide en el corazón, en nuestra mente y en nuestro cuerpo. Hoy se habla mucho de las enfermedades autoinmunes, muchas de ellas de origen genético, y otras más espontáneas y muy ligadas a las emociones, estados de ánimo, alimentación, estilo de vida, estrés, etc....

Tus ojos al despertar primero ven....

Entre los grandes contemplativos, nos encontramos con grandes santos, escuelas, ordenes, caminos:



San Ignacio de Loyola, Santa Teresita de Lisieux, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, Santa Catalina de Siena, San Francisco de Asís, etc.... Es un tipo de oración que, precisamente por su simplicidad, está al alcance de todo el mundo, independientemente de su temperamento o de su mayor o menor capacidad intelectual. Más cerca tenemos, y por poner ejemplos que todos conocemos, a Franz Jalic y su discípulo Pablo Dórs que algunos conocéis y seguís personalmente. Y antes y primero de eso tenemos a la Sagrada Familia, a Jesús, María y José, de los que sabemos fueron grandes contemplativos de la vida, con la mirada siempre puesta en Dios. A través de la íntima unión con Dios, su corazón está con Él, en Él y para Él. María nunca se pone en el centro, cuando recibe el anuncio del Ángel, no duda en ir apresurada a casa de su prima Isabel y allí canta el Magnificat, donde habla del Amor de Dios hacia su esclava, sintiéndose pequeña y pobre. No duda en invitar a Jesús que intervenga en las bodas de Caná porque no tienen vino. Pasa la vida fijándose en las necesidades de los demás, sin importarle su propia persona, si no siempre poniendo la voluntad de Dios ante todo. Así Jesús no hace milagros hacia sí mismo. Hace milagros en los demás y para los demás, para glorificar a Dios. El Amor con A mayúscula, la humildad, la entrega, el olvidarse de las propias necesidades, nos muestran donde ponen sus ojos.

¿Y por qué nosotros no podríamos hacer lo mismo? ¿Acaso no tenemos la experiencia de ser felices y de sentirnos amados cuando le ponemos a Él en el centro?

La contemplación es una práctica que nos permite adentrarnos en la belleza del mundo que nos rodea y apreciarla en todo su esplendor. Al contemplar, nuestros sentidos se agudizan y nos sumergimos en un estado de conexión profunda con lo que nos rodea.

La contemplación nos invita a detenernos y observar detenidamente, a apreciar los detalles que a menudo pasan desapercibidos en nuestra vida diaria. Nos permite ver la belleza en las cosas simples. Al contemplar, cultivamos la capacidad de amar. Nos damos cuenta de que el amor no es solo un sentimiento, sino una elección consciente de abrir nuestros corazones y aceptar a los demás tal como son. La contemplación nos ayuda a desarrollar empatía y compasión hacia los demás, a comprender sus alegrías y sus penas.

Nuestros ojos primero ven, se fijan y miran, observan, y cuando quieren se paran y contemplan. Y qué puedo yo contemplar para amar a Dios sobre todas las cosas:

- a. **La naturaleza:** ¿A quién no le gusta ver un atardecer, un amanecer, una puesta de sol sobre el horizonte del mar, una cima nevada, una pradera en primavera, un desierto ondulado, un paisaje de Castilla al final del verano, un encinar majestuoso, el Retiro de Madrid en otoño, o los copos de nieve desde la ventana junto a la chimenea? La luz que entra desde la ventana, cuando subimos nuestras persianas por las mañanas, porque se nos regala un día más que tenemos que llenar con nuestras buenas obras, sí se nos regala un día más. No nos impresiona acaso el olor del café caliente por las mañanas, cuando sabemos que tantos no lo tienen, o la delicia de una ducha caliente que acaricia nuestro cuerpo cuando falta el agua en tantos lugares, y otros ni siquiera la tienen para beber. Acaso no nos llena el corazón ir de excursión con nuestros hijos y comer un picnic sobre la hierba todavía fresca bajo la sombra de un árbol, oyendo el canto de los pajaritos alegres, o ver a lo lejos una manada de cabras montesas subidas en las rocas, más altas. Y es que, en cada minuto, tenemos algo que nos rodea para dar gracias a Dios y sentirnos enamorados de Él, porque puede que no le veamos de frente, pero vemos todo lo que Él es y hace. Y además todos lo vemos seguramente con matices diferentes. **Contar la anécdota de Eduardo en Gredos.** Verlo con los ojos del corazón, pero en toda su hermosura. A veces tenemos una imagen de Dios tan pequeña, lo achicamos tanto.



Porque creemos que Dios es solo lo que alcanzamos a ver. Sin darnos cuenta de que Dios es todo: es escritor, arquitecto, ingeniero, dibujante, astrónomo, médico, filósofo agricultor, pero también fontanero porque arregla lo que está atascado y nos conecta unos con otros, es barrendero porque se lleva y hace desaparecer nuestros pecados, porque mantiene limpia nuestra alma cuando le dejamos, o es mecánico para que alcancemos a llegar a nuestro destino, y es sobre todo Padre porque nos ha dibujado para que seamos eternamente felices, aunque por el camino, algunos de nosotros nos empeñemos en comer del fruto prohibido.

- b. **A mí mismo y a Dios que actúa en mí:** Y Dios nos dice, amarás a tu prójimo como a ti mismo. ¿Eso no os sorprende? A mí me sorprende muchísimo. Porque uno tiene tendencia a intentar querer al otro por encima de sí, porque a veces tendemos a compararnos y pensamos que el prójimo es mucho mejor que nosotros, sabe más, tiene más, ha conseguido una mejor vida... Eso es bastante común entre los mortales. Pero fíjate por donde, el Señor no nos pide eso, nos pide que le amemos como nos amamos a nosotros mismos. Y eso implica un arduo trabajo que es conocernos a nosotros mismos, es decir, contemplarnos a nosotros mismos con los ojos de Dios, con esos ojos que llevamos en el corazón y amar lo que Dios hizo y sigue haciendo en nosotros. Sí, amarnos, que no nos de vergüenza amarnos y sabernos amados. A mí me pasó cuando me enamoré de Eduardo, aprendí a conocerle, y también a sacar lo mejor que yo tenía y de lo que él se estaba enamorando, no solo físicamente, que también: el venía a recogerme siempre recién afeitado, peinado, me hablaba con respeto, nos reíamos juntos, yo por supuesto otro tanto, mi pelo largo relucía más que nunca, la mejor de las sonrisas, la alegría, el compartir, todo era maravilloso, porque de repente salía a relucir el ser que Dios nos había regalado.... Olvidando otra parte de la historia que quizás nos había hecho sufrir pero que quizás también no teníamos integrada del todo. Pero es que a la luz del amor de Dios, a la luz de esa contemplación, todo, lo bueno y lo malo, hasta lo más malo viene a sumarse a nuestra belleza cuando lo conocemos, lo aceptamos, lo perdonamos y lo integramos. Somos nuestra propia historia y la contemplación nos ayuda en ese trabajo porque reconocemos el amor que Dios nos tiene. Todos tenemos una herida en nuestras vidas, porque todos somos hijos de Dios y también hijos del pecado original que ha dejado en nosotros, en los demás, en la naturaleza, una huella. Por eso además de seres maravillosos somos también seres heridos y desordenados. Os cuento otra anécdota corta que seguro muchos de vosotros, especialmente vosotras mujeres, lo que uno siente cuando da a luz: uno siente un amor tan desbordante por ese ser tan pequeño y desvalido, tan hermoso y tierno, tan dependiente nuestro, siente un amor grandísimo, que se hace también la pregunta: si yo soy capaz de amar así a mi hijo, cómo será el amor de Dios hacia nosotros. Porque si Él me regala un amor tan grande y una participación en su paternidad-maternidad, cuan más grande será su Amor hacia nosotros
- c. **Las personas: Dios es el Creador de las personas:** de las personas de todos los colores y razas en todas partes del mundo. Y cuando nos cruzamos con alguien en el día, deberíamos contemplar lo que en esa persona hay de Dios. Mirarle con los ojos del corazón, olvidándonos de nuestros prejuicios y juicios, y descubrir a través de la escucha y de la bondad lo que es él o ella, lo que quiere contarnos y cuando a veces ocurre que aflora en él lo que nos hace sentir incómodos, ir a lo que podría ser su herida. Pero es que además no estamos rodeados todos los días por los que creemos que son necios o inútiles o enemigos. Siempre recuerdo un amigo que me contó como una mañana salió temprano de su casa y se cruzó con una joven barrendera que estaba limpiando la calle, que a esa hora ya se veía reluciente por su trabajo, y entonces se le ocurrió detenerse y agradecerle por lo bien que hacía su trabajo y lo



importante que era aquel trabajo. Y es que es verdad. Todos somos importantes, todos tenemos algún talento que entregar a los demás. Y nos podemos sentir bien orgullosos por lo que aporta cada uno. En ese sentido recuerdo que a uno de mis nietos le encantan, creo que como a muchos niños, los camiones de basura, y hubo un tiempo que le recogíamos nosotros por la mañana para llevarle al cole. Y todas las mañanas en el trayecto perseguíamos al camión de la basura para que Iñigo pudiera ver no solamente el mecanismo de la recogida de los cubos sino la simpatía de aquellos barrenderos que siempre saludaban de mil maneras a Iñigo. Creo que eso no le olivará nunca. Ni eso ni las grúas, a las que llamaba uas. Tener al contemplar la capacidad de sorprenderse. Como los niños. Benditos sean los ojos de los niños. Y los que tenemos la suerte de tener ya nietos nos maravillamos con la capacidad que ellos tienen de maravillarse. ¿Qué ha sido de esa capacidad que hemos tenido algún día y que ya no tenemos? Porque al igual que nosotros nos sorprendemos con nuestros pequeños hijos o nietos, Dios también se sorprende y maravilla con sus hijos pequeños y torpes que somos nosotros. Sí, pequeños y torpes, por eso cuando nos caemos, nos ayuda siempre a levantarnos. Os voy a contar algo que nos pasó a Eduardo y a mí hace unos meses....

- d. **La historia que transversalmente recorre la vida, recorre nuestros días:** mirar la historia con los ojos de Dios. Al final del día recorrer sin prisas todo lo acontecido: la belleza de Dios en la naturaleza, en mí mismo, en los demás... Esa mirada de alguien, esa sonrisa, ese logro en el trabajo, esa lectura, esa clase que he podido dar, esa mano que he estrechado, esa palabra recibida, empezando por la Palabra de Dios, que es palabra viva, esa lluvia fina o ese rayo de sol, y también entregar lo que no he entendido del día, mis dificultades, una traición de un compañero, un mal humor de mi mujer o mi marido, una mala contestación del adolescente que me ha crispado, mi propia pereza o mi propio orgullo y entregarlo, porque yo no lo entiendo pero Dios sí, y Él me ama, me ama mucho, y yo confío.

Y no puedo dejar de unir esta reflexión a lo que nuestro padre Fundador nos dejó como legado pedagógico: la cruzada del amar, pensar y vivir orgánico. Nuestra forma de vincularnos al mundo en la naturaleza, a los hombres, a las ideas, y a los lugares y al mundo sobrenatural, tiene que ver con todo esto. El organismo de vinculaciones, vínculos sanos frente al mecanicismo del que el P.K. nos previene, puede y debe ser descubierto a través de la contemplación y del amor que nosotros descubrimos que Dios nos tiene. Somos capaces de sanar nuestro subconsciente, somos capaces de redescubrir lo que es el Reino de Dios, ponerle cara a nuestra misión, y de contagiarla a través de nuestra mirada hacia los demás, a través de nuestro cuidado y amor a la naturaleza, a través de nuestro amor a nosotros mismos y a los demás, a través de la aplicación que hacemos de nuestros talentos poniéndolos al servicio de los demás en el mundo de Dios. Somos capaces de contagiar a la Sociedad así como lo hizo María con su prima Isabel y que dio lugar al Magnificat, o así como lo hace cada fundador con su comunidad, como lo ha hecho el P. Kantenich con nosotros y los instrumentos que se dejaron contagiar por él, por su ejemplo. Al final, evangelizar en tiempos difíciles no es otra cosa que llevar el fuego de ese amor que Dios nos tiene, nos regala a través de nuestra experiencia personal. Todos tenemos mucho que contar al respecto. Contemplemos y salgamos a anunciar ese Amor que nos inunda, que nos abrasa. ¡Hay una promesa detrás y no estamos solos!



e. **Las palabras mágicas: perdón, por favor, gracias:** Estas las dice el Papa Francisco, pero lo siento, porque antes que él las enseñamos todos los padres a nuestros hijos: son el ABC sencillo de toda pedagogía: **perdón**, porque no todo lo hago bien, **perdón** porque me equivoco, **perdón** porque le hago daño a otro, **perdón** porque soy un pecador, que puede hacer con mi soberbia, mi pereza, la gula, la mentira, el orgullo, un mundo peor y una persona peor. Sí, **perdón**. Palabra mágica que puede hacer que volvamos a empezar una y otra vez, cada vez mejor.

Por favor, porque yo no mando, muchas cosas me son dadas por amor, pero detrás hay un esfuerzo, **por favor** porque reconozco que muchas veces no son merecidas o simplemente porque me las da el otro gratuitamente, **por favor** porque te necesito, necesito de ti, necesito que me complementes y que entre los dos lleguemos a construir, **por favor** porque reconozco tu mérito a la vez que el mío propio.

Y gracias, gracias porque todo se me ha dado sin yo pedirlo. **Gracias** Señor porque me amas, porque me has hecho hermoso o hermosa y te he gustado. **Gracias** porque cada día me regalas tanto, no solo la vida sino lo que hay en ella. **Gracias** porque te entregaste por mí en la cruz para que yo pudiera vivir eternamente junto a ti y a los que me has confiado. **Gracias** porque me siento amada por ti Señor y te amo. Ni siquiera el amarte es mérito propio, si no de la contemplación a la que me llamas. **Gracias**, mi Dios, gracias, María por tu sí y por ser mi Madre, por educarme desde ese lugar tan hermoso que es el Santuario, **gracias** por darme un hogar, mi casa, donde me siento bien, y hago que los míos se sientan cobijados y amados. Todo te lo debo. **Gracias**, hermano por escucharme, aunque sepas mucho más que yo del tema. **Gracias** porque existes y me enriqueces, y también porque te dejas enriquecer por mí.